

# MIRET MAGDALENA

## ¿CADENA DE SUICIDIOS?

No voy a referirme aquí al incremento de suicidios en los países con un desarrollo puramente material, como ocurre en Suecia, Noruega o Dinamarca. Este dato es, ciertamente, alarmante; pero no voy a entretenerme en analizarlo ni criticarlo: es algo que, por sí mismo, es expresivo de la insatisfacción que produce un adelanto materialista y sin sentido humano elevador.

Tampoco me voy a referir a la creciente plaga de reacciones negativas, que llegan hasta la supresión de la propia vida, que ocurren en los países capitalistas por desastres económicos, principal causa esta del dinero —como me hacía ver un psicoanalista— que lleva al suicidio en Occidente. No, todo eso es digno de levantar la voz de los moralistas; pero yo no me siento con ánimo para ello, porque no quiero repetir el fracaso de nuestro clásico fraile Malon de Chaide, el agustino que más predicó hace varios siglos —con gran afluencia de público—, con demasiada energía e inocencia, contra los adornos y coquetería femeninos, sin resultado alguno. La hora de los sermones lacrimosos ha pasado ya, gracias a Dios.

Ahora quiero hacerme eco de lo que la prensa o la Historia nos cuentan sobre esos ejemplos de alto sacrificio moral —y no de egoísmo o desánimo— que llegan hasta a prescindir de la propia vida, y abrir así con este tema la discusión, o la reflexión, entre los muchos que se preocupan por ello.

Todo el mundo ha podido leer en la prensa diaria el sacrificio del estudiante Jan Palach, y pocas semanas después el de otro universitario checoslovaco. El exillado Cardenal Beran, que tan atentamente sigue los acontecimientos de su país desde Roma, ha calificado este ejemplo de «idea maravillosa» y de «sacrificio de uno solo por la salvación de todos».

Como lo fue, hace unos años, el de los bonzos budistas del Vietnam. En que la única finalidad de estas drásticas actitudes era, y es, dar un expresivo testimonio, con su sacrificio personal, de protesta contra la opresión del país, levantando una antorcha humana bien visible en pro de la libertad de un pueblo, oprimido según el sentir general de la nación.

Numerosos dirigentes eclesiásticos católicos —a pesar de ser Palach protestante— se sumaron al homenaje que se le rindió. Pero la duda queda en muchos lectores: ¿es éticamente aceptable este gesto de testimonio personal, realizado por medio de un acto de violencia contra sí mismo, para evitar —con su ejemplo— que siga ejerciéndose la violencia contra los demás?

Otros muchos ejemplos, actuales o pretéritos, se pueden sacar aquí a relucir, como precedentes de estos «suicidios», según la calificación usual que se les da.

Abro los libros de los moralistas y me encuentro con muchos casos que —eso es lo curioso— son resueltos de muy distinta manera por unos y por otros, influyendo demasiadas veces la latitud geográfica en sus opiniones. La moral católica, se me ha enseñado, sin embargo, que es única; pero si acepto esto, tengo que deducir, después de meditar despacio estas incongruentes actitudes de sesudos moralistas, defendidas por ellos con ahínco, que o los principios esgrimidos por ellos no son —en esta cuestión del suicidio— tan claros, o que sus aplicaciones son demasiado sutiles y complicadas.

Recordemos algunos ejemplos actuales que parecen justificar el suicidio. Un primer caso: «En la guerra de 1939... era frecuente el caso del detenido y torturado, en tales condiciones, que no podía resistirse a traicionar los secretos confiados, con la consecuencia lamentable de detener a otros por él, y perjudicar a su país revelando sus secretos» (canónigo J. Leclercq, «Leçons de Droit Naturel», tomo IV).

Otro caso hoy frecuente: «En la mayor parte de los servicios secretos actuales se les ordena a los agentes suicidarse cuando son cogidos por el enemigo, y por eso se les provee de un veneno para estos casos» (J. Leclercq, ídem).

Todos los moralistas, hasta la guerra de 1939, decían: «No, no es lícito quitarse la vida así». Pero después de 1946 los teólogos se preguntan si las cosas estaban tan claras como se había dicho. Concretémoslo al caso «del combatiente, o del agente secreto, que se mata a sí mismo para evitar la traición moralmente cierta»; J. Leclercq opina que «la norma moral prohíbe matarse para conseguir una ventaja personal, sea la que sea y por elevada que se la suponga; pero se puede uno ofrecer a morir para salvar a otros o a otro, y se tiene —incluso— el deber de morir, si el servicio de una causa, superior a la salvaguardia de la vida, lo exige». Y a esto no se le podría llamar «suicidio», como opinan hoy moralistas como Leclercq.

Otros casos de justificación de la pérdida de la vida eran an-

tes claros para los moralistas usuales, pero hoy han sufrido también un cambio de 180°. Antes se decía: «Puede una virgen exponerse a peligro de muerte —arrojándose a un río o a un precipicio— por conservar la castidad» (Ferreter-Mondria, S. J., «Epítome de Moral»).

Ahora se asegura, en cambio, que «el suicidio indirecto —tirándose por la ventana— de una virgen, realizado esto para evitar ser ultrajada, no merece retener nuestra atención, porque un ser humano no es deshonrado por la sola falta que le infiere otro» (J. Leclercq, O. C.).

Los moralistas al uso hacían en sus manuales una distinción casuística entre el suicidio directamente buscado, sin más fin directo que él mismo, que decían que era siempre inmoral, y el indirecto, que es el que no se busca directamente, sino que del mismo acto se deducen dos consecuencias simultáneas, una buena (el bien del otro) y otra mala (la privación de la vida propia), el cual resultaba lícito con grave causa.

Lo malo estaba, y está, en saber cuándo un hecho determinado era una cosa u otra. Por ejemplo, cuando el alcalde de Cork, en Irlanda, se suicidó por hambre en la prisión inglesa donde los británicos le encerraron —como protesta contra la tiranía inglesa ejercida contra los irlandeses—, en seguida los teólogos ingleses gritaron: «Suicidio directo», y le consideraron culpable de haber hecho la huelga del hambre. En cambio, los teólogos irlandeses le justificaron plenamente, diciendo: «Suicidio indirecto», y le consideraron como un héroe.

Lo mismo que nos ocurrió a los españoles, hace unos siglos, con las corridas de toros: los moralistas extranjeros clamaron contra su crueldad y peligro, cuando los españoles no veían sino arte depurado en la fiesta nacional. O lo que pasó con los mártires de la Córdoba árabe del siglo IX, a quienes San Eulogio defendía, excitándolos a suicidarse indirectamente, invitándolos a confesar la fe provocativamente ante las autoridades; siendo así que el Concilio de Elvira, en cambio, había condenado esta actitud exaltada siglos antes («El martirio», Paul Allard).

Y hay moralistas —como el famoso Prümmer— que piensan que Dios puede inspirarle a uno el suicidarse, porque Dios es dueño de vidas y muertes. Pero que Leclercq critica vivamente porque «Dios no es un despota caprichoso». Y «no debemos aceptar el homicidio —propio o ajeno— como querido por Dios, en oposición aparente con las reglas habituales de la moral, nada más que si no hay más remedio que admitir —con total certeza— la otra interpretación». Por este motivo ni siquiera justifica, este moralista auténtico, a los grandes personajes de la Biblia que se quitan la vida, como «el suicidio de Saúl», que es un verdadero suicidio...; pero que —bien leída— la Biblia no lo aprueba aunque lo relata. Y no está conforme Leclercq con los que «como el caso de Saúl, quieren justificar el suicidio diciendo que es una inspiración divina». No hay que ser fáciles en conceder esta inspiración como una especie de respetuoso truco para justificar lo injustificable.

Hemos de confesar que nuestros esquemas para comprender lo que sea el suicidio han variado, y lo que antes se veía bien, ahora se pone en duda, y algunas cosas que antes se rechazaban, ahora —al pensarlas mejor— se discute si se pueden hacer. Lo que sigue permanentemente aceptable —hoy como ayer— es exponerse a un peligro cierto para salvar a los demás: eso siempre se ha visto como lícito, como sería el caso del naufragio que abandona la barca para que se salven otros; o el del médico y el sacerdote que exponen su vida durante una epidemia para salvar a los enfermos; o el del profesional que expone su vida por hacer un servicio a los demás; o los múltiples casos que hoy se podrían traer a colación y que antes no ocurrían.

Nuestra conclusión debe ser la aceptación de un principio —en los casos extremos— que parece hoy claro: «Se puede sacrificar la vida para salvar la del otro; pero no se puede sacrificar la vida a ningún otro bien» (J. Leclercq, ídem). Lo que sí puede uno hacer, en vista de este «otro bien», y con grave causa, es arriesgar uno la vida propia, pero no sacrificarla voluntariamente.

El suicidio —como tal— creo yo que hay que opinar que es siempre una violencia inadmisibles en un hombre consciente, sea o no cristiano; pero exponer la propia vida por los demás —y a veces sacrificarla— será un gesto digno de la máxima alabanza. El problema está en saber cuándo un acto es suicidio, o es sacrificio de la vida en bien de otros, o es arriesgarla por un alto motivo.

Los problemas continúan y, por tanto, ¿cómo calificaremos, por ejemplo, el caso del estudiante Jan Palach? La discusión queda abierta.